LOS MILAGROS

Expositor: CRISTHIAN BONIFAZ

2026-11-15

LOS MILAGROS

FE, INCREDULIDAD Y LOS PROPÓSITOS ETERNOS DE DIOS

1. ¿De qué dependen los milagros?

Hay una aparente contradicción en los Evangelios.

Por una parte, Jesús relaciona determinados milagros con la fe de las personas:

- «Conforme a vuestra fe os sea hecho» (Mateo 9:29).
- «Tu fe te ha salvado» (Lucas 7:50).
- «Si puedes creer, al que cree todo le es posible» (Marcos 9:23).

Pero, por otra parte, encontramos personas que recibieron milagros sin que previamente manifestaran una fe consciente.

Por ejemplo:

El paralítico de Betesda (Juan 5:1-9).

Jesús se acerca a un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo. No encontramos una declaración previa de fe de aquel hombre. Tampoco encontramos que estuviera buscando a Jesús. Es Jesús quien toma la iniciativa.

El hijo de la viuda de Naín (Lucas 7:11-17).

Una mujer había perdido a su único hijo. Jesús se acerca, ve su dolor, tiene compasión y resucita al joven. No hay una petición de milagro

ni una declaración de fe de parte de la mujer.

El siervo del sumo sacerdote (Lucas 22:50-51).

Cuando Pedro corta su oreja, Jesús lo sana. Es un hombre que estaba participando en el grupo que había ido a arrestarlo. No encontramos que hubiera pedido sanidad ni manifestado fe.

¿Qué nos enseña esto?

Que la fe no es el poder que obliga a Dios a actuar. Tampoco es una fuerza espiritual que, cuando alcanzamos determinada cantidad, pone en funcionamiento los milagros.

Los milagros nacen de la voluntad, la misericordia y los propósitos soberanos de Dios.

La fe no gobierna a Dios; la fe confía en Dios.

2. Entonces, ¿qué papel juega la fe?

Si Dios es soberano y sus propósitos no dependen de la voluntad humana, ¿por qué Jesús insistía tanto en la fe?

Porque la fe tiene un papel fundamental en nuestra relación con Dios.

La fe no es el origen del poder de Dios, sino la respuesta humana de confianza ante su poder y su Palabra.

Observemos algo:

En Marcos 5 encontramos dos historias extraordinarias.

- Jairo busca a Jesús porque su hija está agonizando.
- Una mujer que llevaba doce años padeciendo flujo de sangre se acerca creyendo que, si tan solo toca el manto de Jesús, será sana.

En ambos casos Jesús destaca la fe.

Pero hay un detalle que no debemos pasar por alto: la fe no produjo el poder sanador. El poder estaba en Cristo.

La fe llevó a estas personas a acercarse a Él.

Podríamos expresarlo así:

- La gracia de Dios es la fuente.
- La voluntad de Dios determina sus propósitos.
- El poder de Dios hace posible el milagro.
- La fe es la respuesta de confianza del ser humano.

Y aquí encontramos una verdad que debemos cuidar pastoralmente: no podemos concluir que toda persona que no recibe un milagro carece de fe.

Pablo tenía un aguijón en su carne y pidió tres veces que le fuera quitado (2 Corintios 12:7-9). Sin embargo, la respuesta del Señor fue: «Bástate mi gracia».

La fe de Pablo no estaba en duda, pero Dios tenía un propósito que no consistía en quitarle aquella aflicción.

La fe no siempre consigue que Dios cambie nuestras circunstancias; también nos permite permanecer confiados cuando Dios decide no cambiarlas.

3. ¿Por qué Jesús no pudo hacer muchos milagros en Nazaret?

Aquí llegamos a uno de los pasajes más interesantes de tu reflexión.

Marcos 6:1-6 relata que Jesús regresó a su tierra y comenzó a enseñar en la sinagoga.

La gente se maravillaba de su sabiduría y de sus obras, pero inmediatamente comenzó a cuestionar su procedencia:

«¿No es este el carpintero, hijo de María?» (Marcos 6:3).

Es decir, conocían su historia familiar, su procedencia y su entorno.

Habían construido una imagen de Jesús basada en lo que conocían de su humanidad, y esa imagen les impedía reconocer quién tenían delante.

Marcos 6:5 dice:

«Y no pudo hacer allí ningún milagro, salvo que sanó a unos pocos enfermos, poniendo sobre ellos las manos».

Mateo 13:58 lo expresa así:

«Y no hizo allí muchos milagros, a causa de la incredulidad de ellos».

Aquí debemos hacer una distinción importante.

El texto no está diciendo que Jesús perdió su poder ni que la incredulidad de los habitantes de Nazaret fuera superior a su autoridad divina.

Está mostrando que Jesús no desarrolló allí su ministerio de milagros de la misma manera que en otros lugares, debido a la incredulidad y el rechazo de la gente.

La incredulidad no derrotó el poder de Cristo, pero sí evidenció la resistencia de aquellos corazones a recibirlo.

Y aquí aparece una pregunta extraordinaria:

¿Por qué Dios decidió presentarse ante los hombres de una manera que podía provocar precisamente ese rechazo?

4. La humildad de Cristo: Dios decidió acercarse sin imponerse por su apariencia

Esta es, a mi juicio, una de las partes más hermosas de tu reflexión.

¿Por qué Jesús no vino mostrando toda su gloria y majestad?

¿Por qué no se presentó ante Israel con una manifestación celestial irresistible, rodeado de esplendor, con la apariencia de un rey terrenal?

¿Por qué vino como un hombre sencillo, hijo de un carpintero?

Filipenses 2:6-8 nos ofrece una respuesta extraordinaria.

Pablo explica que Cristo, siendo en forma de Dios, tomó forma de siervo y se hizo semejante a los hombres.

No significa que Cristo dejara de ser Dios. Significa que asumió verdaderamente nuestra humanidad y se humilló voluntariamente.

Juan 17:5 nos permite contemplar algo de esa gloria:

«Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese».

¡Qué extraordinario!

El que existía eternamente en gloria con el Padre vino a caminar por las calles de una ciudad, a entrar en las casas, a sentarse a la mesa con pecadores y a ser conocido como el hijo del carpintero.

El Creador se acercó a sus criaturas.

El Rey tomó forma de siervo.

El Santo habitó entre pecadores.

Y aquí podemos desarrollar tu ilustración de los jefes que se disfrazaban de empleados.

5. Cuando el jefe se viste como empleado: la humildad que deja al descubierto el corazón

Imaginemos una empresa cuyos propietarios desean conocer lo que realmente sucede dentro de ella.

Si llegan vestidos de traje, acompañados de sus asistentes y anunciando que son los dueños, probablemente todos modificarán su comportamiento.

Los empleados tendrán cuidado con sus palabras, mostrarán una actitud diferente y procurarán causar una buena impresión.

Pero ¿qué sucede si los propietarios deciden presentarse vestidos como trabajadores comunes?

Se mezclan con los empleados, comparten sus actividades, observan cómo se tratan entre compañeros y descubren cómo atienden a los clientes cuando creen que nadie importante los está mirando.

Entonces sale a la luz lo que verdaderamente hay en el corazón de las personas.

Esta ilustración nos ayuda a comprender una dimensión de la encarnación de Cristo.

Jesús no necesitaba exhibir su majestad para demostrar quién era. Tampoco vino a realizar una demostración de poder para satisfacer la curiosidad humana.

Vino en humildad.

Y esa humildad puso al descubierto los corazones.

1000Predicas.com

Los que tenían hambre de Dios podían reconocerlo en sus palabras, sus obras y su carácter.

Pero aquellos que estaban aferrados a sus prejuicios solamente veían al hijo del carpintero.

¡Qué paradoja!

Tenían delante al Mesías, pero estaban demasiado familiarizados con su procedencia humana para reconocer su identidad divina.

No rechazaron a Jesús porque no tuvieran suficiente información sobre su familia; lo rechazaron porque no quisieron reconocer lo que Dios estaba revelando delante de ellos.

Sin embargo, hay que hacer una precisión: la encarnación no fue un disfraz de Dios. Jesús no fingió ser hombre. Se hizo verdaderamente hombre. Y su humildad fue parte de su misión redentora.

6. Dios no siempre se manifiesta de la manera que esperamos

Aquí encontramos una enseñanza que trasciende el episodio de Nazaret.

Muchas veces las personas esperan que Dios actúe de una manera determinada.

Esperan una señal espectacular, una manifestación extraordinaria o una respuesta que no deje espacio para ninguna duda.

Pero Dios no está obligado a ajustarse a nuestras expectativas.

Pensemos en Elías.

En 1 Reyes 19:11-13 encontramos que hubo un viento poderoso, un terremoto y un fuego, pero el Señor no estaba en aquellas manifestaciones. Después vino un silbo apacible y delicado.

1000 prédicas

Dios también se reveló en lo sencillo.

En otra ocasión, los discípulos de Emaús caminaron con Jesús resucitado sin reconocerlo inmediatamente (Lucas 24:13-32).

¡Qué escena!

Caminaban junto al Señor, escuchaban sus explicaciones de las Escrituras y todavía no sabían que era Él.

El problema no era la ausencia de Cristo, sino que sus ojos estaban impedidos para reconocerlo.

Esto nos lleva a una pregunta:

¿Cuántas veces esperamos que Dios se manifieste de una manera extraordinaria y podemos pasar por alto su obra porque no se presenta como nosotros imaginamos?

7. La cruz: la máxima expresión de esta paradoja

Hay algo todavía más profundo.

La humildad de Jesús no terminó en su nacimiento ni en su ministerio terrenal. Llegó hasta la cruz.

Isaías 53:2-3 presenta al Siervo sufriente como alguien sin apariencia ni hermosura que atrajera las miradas, despreciado y desechado entre los hombres.

Y 1 Corintios 1:18 dice:

«Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, poder de Dios».

Los hombres esperaban un Mesías que manifestara su poder conquistando, imponiéndose y derrotando a sus enemigos.

Pero Dios manifestó su sabiduría mediante un Cristo crucificado.

Lo que para unos parecía debilidad, para Dios era poder.

Lo que para unos parecía derrota, era el camino de la redención.

Lo que para unos era vergüenza, era la manifestación del amor de Dios.

Y aquí podemos conectar nuevamente los tres temas:

- La fe permite reconocer y confiar en Cristo.
- La incredulidad puede llevarnos a rechazar aquello que Dios está revelando.
- El propósito eterno de Dios no depende de que los hombres lo comprendan o lo acepten.

8. Una conclusión teológica: el milagro no es el propósito final, Cristo es el centro

Quisiera terminar con una reflexión que puede convertirse en el eje central de toda esta enseñanza.

A veces podemos concentrarnos tanto en los milagros que olvidamos preguntarnos para qué los realiza Dios.

En Juan 2:11 encontramos que Jesús manifestó su gloria en Caná y sus discípulos creyeron en Él.

Los milagros no eran simples demostraciones de poder. Eran señales que apuntaban a su identidad y a su gloria.

Juan 20:30-31 explica que las señales fueron escritas para que creamos que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que tengamos vida en su nombre.

Por eso, el milagro no debe convertirse en el centro de nuestra fe. El centro es Cristo.

1000Predicas.com

Porque si nuestra fe depende exclusivamente de recibir un milagro, ¿qué sucederá cuando el milagro no llegue?

Pero si nuestra fe está fundamentada en quién es Cristo, podremos seguir confiando incluso cuando no comprendamos sus caminos.

No creemos porque siempre vemos milagros; creemos porque conocemos al Dios que tiene poder para hacerlos, sabiduría para decidir cuándo realizarlos y amor suficiente para sostenernos cuando no los recibimos.

Preguntas para profundizar

Estas preguntas pueden ayudarte a desarrollar el tema en un estudio bíblico o programa radial:

1. ¿Puede existir un milagro sin que exista previamente fe en la persona que lo recibe?
2. ¿La fe es una condición para que Dios actúe o una respuesta a lo que Dios ha decidido hacer?
3. ¿Por qué Jesús destacó la fe de algunas personas y, en otras ocasiones, actuó sin que se registrara una manifestación previa de fe?
4. ¿Podemos confundir la fe con la expectativa de que Dios siempre hará lo que le pedimos?
5. ¿Por qué la humildad de Cristo fue motivo de tropiezo para quienes esperaban un Mesías glorioso?
6. ¿Es posible estar tan familiarizados con las cosas de Dios que terminemos perdiendo la capacidad de reconocer su obra?

1000 prédicas

«La incredulidad no limita la soberanía de Dios, pero puede cerrar el corazón del hombre a reconocer su obra. Y la fe no obliga a Dios a hacer milagros; nos permite confiar en Él, aun cuando sus propósitos sean diferentes de nuestras expectativas».

1.000 prédicas